

## EL COCINERO DE MI NIÑEZ

EL COCINERO de mi niñez era un muñeco rojo y blanco. El mandil y el gorro le daban aspecto de mostachón; tenía una nariz de caballete y usaba una barbilla en punta a lo Francisco I. Era cosa de juguetería y era cosa de golosina. Nos pertenecía a los muchachos de la casa, al punto que lo obligábamos a pedir perdón de rodillas, cada 5 de mayo —por aquello de la invasión francesa— ante un retrato del general Zaragoza. A veces se ponía como un sol de vino, pero sin perder jamás la compostura. Entonces contaba cosas de su tierra —de Francia— y, para divertirme, marchaba, blandiendo el asador, con un aire a un tiempo militar y doméstico.

Luis aderezaba sus guisos con romanticismo francés, en aquellas salsas que dejan la lengua palpitando, para consolarla después con unos platos fríos, honestos, de sabor contundente y seco.

A la merienda, rito infantil, preparaba un pan de huevo amarillo, unos bollos blandos, unos volcancitos de albeantes cumbres, metidas en la región del azúcar perpetuo.

Los ojos, marinos. La nariz, aventurera. Y por las ojeras, unas venas viriles. Un hacerlo todo de una vez, como si clavara clavos de un solo martillazo, ambulando entre los peroles, espumando aquí, sazonando allá; en constante movimiento, como si la estufa fuera un tímpano.

Luis disponía de la servidumbre y mudaba pinches a su talante —nosotros les llamábamos galopines. A uno lo despidió porque una noche creyó ver que los bancos de la huerta echaban a correr, embrujados; a otro, porque el tiempo se le iba en vaciar y contar los tostones o medios pesos que traía en la tripa del cinturón.

A veces, la mostaza nativa se le ha sublevado en la nariz. Sus ojos se han puesto duros, de acero. La cocina estalla. ¡Oh tambor de los cucharones sobre los cazos, oh platillazos de las sartenes, oh trueno del rodillo sobre los tableros de amasar! Y mi cocinero Luis lanzaba un grito de guerra, su única blasfemia: “~Ah, qué la sal! ¡Ah, qué la sal!” Yo creo que era una traducción libre de alguna interjección francesa.

Con ademán de sembrador, echa a la garza los granos que trae para ella en el mandil. La garza se acerca, pintando estrellitas blancas por el suelo. Cuando Luis vuelve a la cocina, la garza lo ha seguido unos pasos. Un pavo real, desde la huerta, se ha llegado hasta ella. Los dos animales se contemplan como en un tapiz oriental.

Es de tarde. La cocina está sola y, a medio muro, la ventana pinta un cuadro de sol que va subiendo poco a poco. La batería dormita. Rojean los cobres. Penden de la escarpia las cazuelas tiznadas. El hierro de la estufa está helado. Hay unos pucheros tan grandes como yo.

Es el reposo. Luis se sienta entonces, me atrae sobre sus rodillas y, echándome a la cara un resuello dulzón de vino, me dice *La vida del soldado*, que es un cuento alterno con una canción:

¡Calandrín, calandrán!  
¡ Calandrín de mi vida,  
soy soldado militar!